

Hoy voy a misa en el Santo Ángel y me he llevado la grata sorpresa de encontrarme con el hermano Jorge, y aunque haya sido un corto momento, he sentido en mi corazón como el Señor lo provee todo.

La amistad verdadera se asemeja a las luciérnagas, resplandecen cuando cae la noche y la oscuridad nubla el día. Una de las grandes fortunas del hombre es contar con muchas luciérnagas alrededor dando fosforescencia a nuestras vidas.

Porque nos hemos convertido en personas muy racionales, calculadoras, ponderando con precisión cada uno de nuestros pasos para que no peligren nuestras conveniencias mundanas y nuestra comodidad. En cierta manera demostramos poca confianza en el Señor.

Imagino a san José, al que tanto quiero, haciendo sus propios cálculos y previsiones. ¡Qué debió pensar cuando sus planes tuvieron que modificarse con el inesperado censo ordenado por Herodes en Jerusalén, con la imposibilidad de encontrar un lugar digno para que María diera a luz, con la precipitada huida a Egipto y el retorno a Nazaret! La vida de san José es el ejemplo más elocuente de cómo actúa la providencia de Dios.

Lo experimento diariamente. Aunque luchemos contra ello, sólo Dios tiene el control absoluto de nuestro "destino" personal, familiar, profesional, matrimonial, social... Cada vez que la providencia de Dios actúa en nuestra vida nos posiciona en nuestra auténtica realidad de hijos de un Dios que se desvive por nosotros, está pendiente de nosotros y controla las circunstancias favorables y adversas de nuestra vida.

¡Señor, pongo en tus manos todo lo que me suceda hoy y siempre! ¡Confío, Padre, en que todo lo que acontezca en mi vida estará previsto por ti y lo habrás ordenado en la eternidad! ¡Me someto a tus designios, Señor, como hicieron san José y la Virgen y los acepto con amor! ¡He aprendido, que la espera paciente en Ti trae siempre

grandes alegrías y dones inesperados porque Tu nos conduces con dulzura en el camino de la vida! ¡Señor, de Tu mano no quiero inquietarme por las dificultades de la vida, por las decepciones, por mi porvenir más o menos sombrío! ¡Señor, quiero lo que Tú quieres! ¡Te ofrezco, Señor, en medio de las inquietudes y las dificultades el sacrificio de mi alma pequeña y sencilla y acepto, pese a todo, los designios de Tu misericordiosa providencia! ¡Señor, y no me importan mis fracasos si Tú, mi Dios, me consideras plenamente realizado a tu gusto! ¡Me pierdo en Ti, Señor, y confío plenamente en Ti que me amas y que llegas a mi corazón aunque tantas veces soy incapaz de verte por mi ceguera! Amén